

Bajo el mirar fulmineo,  
 Los brazos sobre el seno,  
 Pensó en sus días plácidos  
 Con hondo padecer;  
 Y recordó las móviles  
 Tiendas, y los bridones,  
 El campo de las águilas.  
 Las inclitas legiones,  
 El prepotente imperio  
 Y el raudo obedecer!

¡ Ay! á tan crudos males  
 Desfalleció su aliento;  
 Mas una mano fúlgida  
 Bajó del firmamento,  
 Y á más serena atmósfera  
 Piadosa le llevó;  
 Y le guió á la límpida  
 Región de la esperanza,  
 Á las azules bóvedas  
 De eterna bienandanza,  
 Donde es silencio fúnebre  
 La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica  
 Fé, triunfadora y viva  
 Venciste al fin : alégrate,  
 Que frente más altiva  
 Al deshonor del Gólgota  
 Jamas se doblegó.  
 Tú, del cadáver la invida  
 Acusacion separa;  
 El Dios que aterra al pérfido  
 Í al inocente ampara,  
 Sobre el funéreo túmulo  
 Las manos extendió.

## III

## En la muerte de Napoleon

(EL 5 DE MAYO)

Traducción de Manuel Cañete. — 1846.

¡ Fué! — Cual inmóvil el despojo humano,  
 Sin el fuego de Dios que en él ardía,  
 Postrado yace, la asombrada tierra,  
 Al temeroso anuncio  
 De que ya del gigante de los siglos  
 Huérfana se veía,  
 Atónita quedó. — Muda, pensando  
 En el postrer momento  
 Del hombre del destino,  
 Ni se atreve á soñar su pensamiento,  
 ¡ Cuándo de otro mortal dueño del hado  
 La noble y digna planta  
 Á hollar vendrá su polvo ensangrentado!

Vióle mi númen en radiante solio,  
 Y enmudeció. Miróle en el momento  
 En que, sin rayos su anublada esfera,  
 Cayó, y al remontarse al Capitolio  
 Para siempre se hundió! — Nunca en el viento  
 Se ha mezclado mi canto  
 De otros mil vates al discordante acento;

¡ No nunca! Virgen de servil encomio  
 Y de cobarde ultraje,  
 Hoy se eleva en sus alas comovido  
 Al eclipse veloz del gran cometa;  
 Y un canto dolorido  
 Al seno arranca de la egregia tumba,  
 Que tal vez, á despecho de los hombres,  
 Ni aún de los años al rigor sucumba!

¡ De las heladas cumbres de los Alpes  
 Á las titánicas moles del desierto,  
 Del Henáres al Rhin, aún no lucía  
 El lampo de aquel héroe,  
 Cuando su rayo ardiente descendía!

¡ Así estalló de las revueltas olas  
 De Scila al Tánais; de los turbios mares  
 En donde muere el sol en tumba fría  
 Al que es la cuna de la luz del día!

¿ Fué verdadera gloria tanta? — Dicte  
 La venidera edad el árduo fallo.

¡ Hora nosotros la cerviz hundimos  
 Ante el sumo Hacedor omnipotente,  
 Que quisó en él de su creador aliento  
 Huella inmensa dejar eternamente!

La zozobrosa y vívida alegría,  
 De altos designios fruto;  
 El anhelo sin fin de un pecho indócil  
 Que hierve en esperanza  
 Pensando en el imperio, y que lo alcanza,  
 Y el premio logra que á la mente un día  
 Locura de un ensueño parecía,

¡ Él todo lo probó! La inmensa gloria  
 Tras el peligro del candente hierro,  
 La fuga y la victoria;  
 El solio y el destierro;  
 Dos veces en el polvo confundido;  
 Dos veces al altar enaltecido!

« ¡ Yo soy! » dijo; y al punto  
 Los dos guerreros siglos prepotentes,  
 Que armado el uno contra el otro, oyeron  
 La voz sublime del mortal divino,  
 Á él, menguado el encono, se volvieron  
 Como esperando el fallo á su destino;  
 Ordenóles callar, cual rey de reyes,  
 Y árbitro en medio se sentó de entrambos

Para amarrar á entrambos á sus leyes.  
 ¡ Pero en el ocio terminó sus días,  
 Por los fuegos del trópico agostado,  
 De inmensa cupidia y de piedad profunda,  
 De odio al pay y de amor acompañado!

Como al náfrago triste se abalanza  
 Hinchada la ola audaz y le sumerge,  
 La ola en que al todo se sintió á las nubes  
 Y de la cual, con évidas miradas,  
 Descubrir á lo léjos pretendía  
 La tierra azul de castas ignoradas,  
 Tal descendió con pesadumbre fiera  
 Sobre el alma del héroe  
 El cúmulo de lúgubres memorias.

¡ Oh! cuántas veces á la edad futura  
 Quiso el mismo narrar sus propias glorias,  
 Y en las eternas páginas su mano  
 Falta cayó de aliento soberano!

¡ Oh! cuántas veces al morir del día,  
 En la desierta playa  
 Bajos los ojos donde el genio ardia,  
 Ambos brazos cruzados junto al seno,  
 De las voraces horas que pasaron  
 Los punzantes recuerdos le asaltaron!...  
 ¡ Allí via cruzar por su memoria  
 Las blancas tiendas, los heridos valles,  
 Las centellantes armas, el galope  
 De los hijos del viento,  
 El imperio á la lid estimulado,  
 El pronto obedecer á un leve acento!

¡ Ay! Acaso al mirar por donde quiera  
 Tanto estrago, su espíritu anheloso  
 Desesperó de sí. Pero del cielo  
 Bajó á elevarle un brazo vigoroso,  
 Y á otra region más pura  
 Le trasladó piadoso y en la altura

; Á la florida senda le condujo  
 Donde brota la luz de esperanza ;  
 Á los eternos campos  
 Donde el inmenso premio  
 Que excede á su ambicion el hombre alcanza ;  
 Donde, apagados la traicion y el dolo,  
 La gloria que pasó teniebla es solo !  
 ¡ Bella, inmortal, benéfica  
 Fé, de irradiados triunfos coronada,  
 Este imprime tambien alborozada !  
 Que al deshonor del Gólgota divino  
 Tan soberbia grandeza  
 Jamas rindió la mano del destino !  
 De los cansados restos del gigante  
 Separa toda vez ultrajadora :  
 ¡ El supremo Hacedor que al hombre aterra  
 Y le sublima al par ; el que le infunde  
 El dolor y el placer, del orbe dueño,  
 Junto al cadáver frio  
 Bajó á posarse y á velar su sueño !

## IV

### Á la muerte de Napoleon

(EL 5 DE MAYO)

Traduccion de J.-E. Hartzenbush.

Murió. — Cual sin el ánimo  
 Grande que le ha regido,  
 Su cuerpo inmóvil quedase,  
 Dado el postrer latido ;  
 Así la tierra atónita  
 Con la noticia está.

Piensa en las horas últimas  
 Del adalid, y calla,  
 Dudando que en el hórrido  
 Polvo de la batalla  
 Otro varon tan inclito  
 La huella estampe ya.  
 Enmudecí yo viéndole  
 En trono refulgente :  
 Cayó, se alzó, y postráronle  
 Luégo alternadamente,  
 Y al clamoroso estrépito  
 Nunca me quise unir.  
 Virgen de panegirico  
 Y ultraje vergonzoso,  
 Mi voz hoy, que tan súbito  
 Se oculta el astro hermoso,  
 Rompe. y quizá mi cántico  
 Eterno ha de vivir.

Del Alpe á las Pirámides,  
 Del Tajo al Rhin, primero  
 El rayo que el relámpago  
 Lanzaba aquel guerrero,  
 Terror de Scila y Tánaïs,  
 Y de uno y otro mar.

Si esto fué gloria, dígalo  
 Futura edad ; la nuestra  
 Humillese al Altísimo,  
 Porque tan larga muestra  
 De su creador espíritu  
 Quiso en el hombre dar.

El zozobroso júbilo  
 Que un gran designio cria,  
 Los indomables impetus  
 De quien reinar ansía,  
 Y obtiene lo que fuérale  
 Vedado imaginar ;

Todo lo tuvo : obstáculos  
Grandes y grande gloria,  
Y proscricion y alcázares,  
La fuga y la victoria ;  
Se vió dos veces ídolo,  
Y dos rodó su altar.

Guerra de muerte hacíanse  
Dos siglos cuando vino,  
Y á él se volvieron dóciles  
Como á poder divino ;  
Silencio impuso, y árbitro  
Sentóse entre los dos.

Y de honda envidia y lástima,  
Objeto en su caída,  
De ocio en angosto límite  
Se consumió su vida,  
Odio y amor llevándose  
Desenfrenado en pos.  
Envuelve y hunde al náufrago  
Ola que alzándole ántes,  
Dejaba que en el piélago  
Con ojos anhelantes  
Buscara en vano el mísero  
Tierra distante de él :  
Tal su memoria al héroe  
Le hundia en un abismo :  
Mil veces ; ay ! propúsose  
Trazar su historia él mismo,  
Y mil su mano lánguida  
Cayó sobre el papel.

Y mil y mil al tétrico  
Fin de enojoso dia  
Bajas las igneas órbitas,  
Al pecho recogia  
Los brazos, recordándose  
Su pristino poder,

Y al par las tiendas bélicas  
Y valles resonantes,  
Los brutos ligerisimos  
Y aceros centellantes  
Y aquel mandar despótico  
Y el pronto obedecer.

¡ Ay ! Á tamaña pérdida ;  
Quizá de aliento falto,  
Desesperó : mas próvida  
Mano acudió del alto,  
Y á respirar vivificas  
Auras se le llevó.

Donde entre flores tránsito  
Da fácil la esperanza  
Al campo en que magnífico  
Premio el mortal alcanza,  
Y noche muda tórnase  
La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica  
Fé, por do quier triunfante,  
De un nuevo lauro alégrate :  
Cerviz más arrogante  
Al deshonor del Gólgota  
Jamás se doblegó.

Aleja tú del féretro  
La detraccion sañuda ;  
Dios que alza y postra rigiúo,  
Y aflige y presta ayuda,  
Veló ese lecho fúnebre,  
Y el alma recibió.

## II

Si grande fué el acierto que para traducir al castellano la oda el 5. maggie patentizan las odas que

acabamos de transcribir no excede, al de la traducción de « *I promessi sposi* », hecha por el eminente literato y sabio académico Don Juan Nicasio Gallego.

Si Manzoni decia al traductor frances Marqués de Montgrand. « He leído y releído « *les Fiancés* » con un placer semejante al que experimentamos cuando estando perfectamente vestidos nos miramos al espejo ¿ qué no hubiera dicho de la traducción española de Gallego, cuyo mérito es tal, que parece una obra pensada y escrita en castellano ? Gracias al ilustre Académico, nos es dado juzgar del mérito relevante de « *I promessi sposi* » y al verterla nuestro ilustre compatriota, al patrio idioma, ha hecho un doble servicio eminente á España enriqueciéndola con un libro precioso y haciendo olvidar de paso con su versión correctísima, otra desatentada traducción que se ha hecho en castellano bajo el título de *Los prometidos esposos*.

« Los Novios », obra tan modestamente calificada por su autor de historia milanés del siglo XVII, quiere suponer que es el hallazgo de un manuscrito indigesto, de que transcribe una página, como muestra.

No debemos olvidar, sin embargo, que Cervántes, achacó al famoso escritor árabe Cide Hamete Benengeli, la paternidad de su Quijote.

Pero sea ó no cierta la existencia del manuscrito citado por Manzoni, ni la lectura de este, ni la de cien manuscritos análogos, ni la de los famosos bandos contra los bravos y hasta la de la historia de la tristemente célebre monja de Monza, son por sí solos capaces de producir un todo armónico, como « *los Novios* », sin el poderoso genio de su inmortal autor.

No cabe escribir un libro más útil, más profundo, más original.

Gira la obra entera sobre una idea única, la de una profunda fe religiosa.

¿ Es posible inventar una fábula más sencilla ?

La infeliz Lucía, espera ser feliz esposa de Lorenzo al día siguiente de aquel en que da comienzo la historia, y dada la sencillez de los protagonistas, el reducido espacio en que el autor se propone encerrar la acción, apenas se vislumbra la posibilidad de interesar unos momentos con el relato de las peripecias que puedan ocurrir á aquellas dos infelices criaturas. Y sin embargo bastaba, con que el pecado de D. Abundo en vez de amedrentarse ante las amenazas de los bravos hubiera seguido el sano consejo de Perpétua para que las cosas hubieran tomado un sesgo muy distinto.

Pero el autor necesitaba para probar su tesis presentar á la inocencia completamente abandonada, sin más apoyo Lucía que su pobre madre sencilla é ignorante ; é incapaz de dar de sí más que tal cual consejo tan acertado como el de consulta al abogado Tramoya ó entretener á Doña Perpétua para que sus hijos pudieran sorprender á D. Abundo, autor, con su resistencia á casarlos, de cuantos desastres les ocurrieron despues.

Y á fe que no es posible llevar más allá la verdad de la pintura hasta en sus menores detalles.

El pobre D. Abundo, que en el fondo es un alma de Dios, no tiene más defecto, que el de haber hecho lo que D. Hermógenes, que no teniendo oficio ni beneficio ni pariente ni habiente cogió y se hizo poeta. El buen párroco, otra especie de D. Hermógenea en su clase, también debió pensar al emprender la carrera eclesiástica, que el único medio de vivir cómoda y regaladamente era coger y hacerse cura. Y así como su debilidad,

por falta de verdadera vocacion, fué causa de cuantas desgracias llovieron sobre sus dos infelices feligreses, así aunque por otro estilo y mayor responsabilidad lo fue de los desórdenes, y hasta crímenes de aquella desventurada monja de Monza su desatentado padre que por vanidad, mirando sólo el lustre de su casa obliga á profesar á su hija infeliz que, no teniendo vocacion de tal, sirve tan sólo de funesto ejemplo de lo que puede producir la imposicion violenta de un forzado yugo torciendo una voluntad propicia á otro género de vida.

¿Cuál es el poder que á Lucía ampara? Un pobre religioso, cuyo celo le lleva á presentarse al mismo Don Rodrigo pidiéndole que desista de su empeño; pero como el resultado de este acto es que el pobre fraile sea enviado por el Prior á otro convento, Lucía queda sin este poderoso apoyo, á merced de su perseguidor.

Y el buen padre Cristóbal que creyó dejarla sana y salva en el convento de Monza!

Hé aquí ya el interes palpitante de la narracion. La inocencia indefensa y desamparada luchando con la iniquidad armada: ¿cuál va á ser el resultado de la batalla?

La muerte de D. Rodrigo atacado de la peste y abandonado por sus bravos sin tener á su lado en el supremo instante de su agonía más que á aquel padre Cristóbal que en nombre del cielo le perdona sus culpas y hasta le otorga el perdon del ofendido Lorenzo. Y el *ignominato*? ¿Qué mayor victoria que la recabada por Lucía que conmoviendo á aquel gran malvado le sugiere la idea de ir á visitar al cardenal?

¿Y cómo resistir aquel torrente de elocuencia cristiana, y no creer en un Dios que tales representantes posee en la tierra?

¿Cómo no sentirse poseido de arrepentimiento aquel

empedernido pecador, con las sublimes palabras, que para atraerlo al buen camino le prodiga el virtuosísimo prelado?

No es posible retratar personajes más simpáticos que los de Lucía y Lorenzo. Lucía es la representacion de la jovén del pueblo, cristiana, sencilla y virtuosa, modelo de todas las bondades. Lorenzo, digno compañero elegido por ella para compartir las penalidades de la vida, es activo, modesto, económico, sencillo y animoso que no aspira á más dicha que la de hacer la de Lucía ganando honradamente por medio de su trabajo los medios de atender á sus obligaciones, viviendo contento con tener á su lado á su esposa y hasta á la madre de esta.

La buena Ines, personificacion de la aldeana de cortísimos alcances; pero de buen fondo, que si peca es por ignorancia y no por malicia, y que con santa resignacion soporta y comparte, con aquellos hijos de su alma, las tribulaciones que la divina Providencia se digna enviarles.

¡Que tipos tan acabados el de Don Abundo y el de Doña Perpétua!

Aquel pobre cura, que no siendo un Cid, ni mucho ménos, hubiera debido arrostrar casando á Lucía, la cólera del Conde, cuyos bravos *le meterian en los riñones un par de balas...* ¡Fácil era que él los casara. Qué ajeno estaba el reverendo, de que precisamente aquel apego á la vida de que estaba poseido era la prueba más palpable, de que sus creencias católicas, corrian parejas con su bravura puesto que si él hubiera tenido (como el padre Cristóbal) absoluta creencia en la bienaventuranza, ¿qué hubieran podido importarle las amenazas de los bravos? ¿Al asesinarle no le hubieran anticipado el goce de la vida perdurable?

Hasta qué punto es hábil y profundo Manzoni, lo prueba la manera gráfica de probar como los designios de la Providencia son incomprensibles, valiéndose de la conversion del *Ignominato* para poner á cubierto á Lucía de todo género de asechanzas, por los únicos medios posibles entónces. Así es que el Conde don Rodrigo, á quien importaba un ardite la justicia de aquellos tiempos que casi puede decirse tenía á sus órdenes, abandonó toda idea sobre Lucía, desde que supo que el *Ignominato* la habia tomado bajo su valiente proteccion.

¿Qué profundo interes inspiran las aventuras del pobre Lorenzo, y qué ancho campo no ofrece al autor el relatarlas para retratar los efectos de la dominacion española en el animado cuadro de la sublevacion de Milan cuando la carestía !

Cierto que en ningun paraje consigna Manzoni, que la dominacion extranjera y las guerras á que da lugar produjesen primero el hambre y luégo la peste; pero hace algo más que decirlo, que es probarlo.

Sin aquel FERRER que en nombre de España gobernaba MILAN y que, partidario de una economía política detestable, buscaba un pretexto de hacerse popular *tasando* el precio del pan, seguro es que el pobre Lorenzo no hubiera sido el héroe inconsciente de aquel motin tan de mano maestra dibujado.

¿Qué cuadro tan perfecto ! ¿Qué pueblo tan fielmente fotografiado ! ¿Qué observacion aquella de Lorenzo al ver que el dia del motin quemaban los hornos ¿dónde harán luégo el pan en los pozos ?

¿Y cuán sublime y delicada no es la idea de devolver Lorenzo los dos panes, que sin querer robó en el motin, dando otros dos, que compró, á aquellas inocentes cria-

tura, que perecian de hambre encerradas en aquella casa apestada !

Pero donde el autor se excede á sí mismo, es en la descripcion de la peste y en la manera sencilla y gráfica con que combate la creencia de que habia *untadores*, no sólo por los muchos argumentos que emplea, sino presentando al pobre Lorenzo expuesto á perecer por suponérsele *untador*. Y la prueba de que ciertas aprensiones del pueblo parece que son de todos los tiempos, y de todas las epidemias, y de todos los pueblos, la tenemos en que precisamente cuando acababa de dar á luz Manzoni su obra, ocurría en Madrid la matanza de de los frailes, acusados de haber envenenado las fuentes, cuando era el cólera morbo asiático el causante de la mortandad ! ¿Oh ! pueblo hasta que dejes de ser ignorante serás vulgar y te dejarás llevar de groseras preocupaciones.

La descripcion de la peste será un monumento de ignominia contra España.

Sobrio es en verdad el autor en su censura; pero contundente.

Mentira parece en efecto que á las reiteradas quejas *escritas y habladas* de la Junta de Sanidad contestase la autoridad « *que afligian al Gobernador semejantes noticias; pero que eran más urgentes los negocios de la guerra.* »

Como por entónces, muy poco tiempo despues, murió el famoso Gobernador Spínola, en su propia cama, de pesares que le causaron las reconvencciones que por causa de la guerra recibia continuamente de su Gobierno, dice Manzoni: « *La historia, que ha deplorado su suerte, censurando la ingratitud con que se le trató, y ha descrito con suma prolijidad sus empresas militares y políticas*

» y alabado su prevision, actividad y constancia, bien hubiera podido indicarnos, que fué lo que hizo cuando la peste amenazaba é invadía una población confiada á su cuidado, ó por mejor decir ENTREGADA Á SU DISCRECIÓN. »

En estas cuatro palabras, está concentrado todo un poema de amargura y el autor de *Los Novios*, con sobriedad pasmosa, dice en una frase más que Ripamonti en toda su *Storia patria*.

La ansiedad con que el lector sigue á Lorenzo en el lazareto, y las nuevas angustias que á los novios esperan cuando, ya aplanados todos los obstáculos, surge el del famoso voto de castidad, que irreflexivamente hiciera Lucía en aquel apurado trance, sólo es comparable con la satisfaccion que produce la profunda habilidad del autor, que se vale de esta ocasion de recompensar al padre Cristóbal de todos sus afanes, puesto que gracias á las atribuciones de su elevado ministerio, le cabe la satisfaccion de destruir el único obstáculo que se opone á la felicidad de los pobres novios.

No es ménos bella la figura de aquel virtuosísimo prelado el Cardenal Borromeo, modelo de humildad y de unción cristiana.

Aquellas dos conferencias, con Don Abundio para comprenderle ; con el pecador, para convertirle, son dos modelos inimitables. ¡ Ay ! y como se conoce en toda la obra, que Manzoni habia estudiado á fondo estas materias religiosas ; pues aún cuando sea evidente, que su esposa, al convertirse al catolicismo lo hiciera espontáneamente, esto no nos autoriza para deducir que Manzoni no influyese, con su palabra y con su ejemplo, en la conversion de su consorte.

Los caracteres de todos los personajes de la obra son tipos acabados y perfectos cuya personalidad no se

contradice jamas, hasta el punto de que Don Abundo sabedor de la proteccion que el *Ignominato* dispensaba á Lucía, todavía aconseje á Lorenzo que sería mejor que fuera á casarse á Bérgamo, y sólo cuando sabe que D. Rodrigo ha muerto, es cuando se brinda á casarlos y lo verifica con el mayor placer.

Y hasta en los tipos que incidentalmente bosqueja, como es el Don Ferrante, en cuatro pinceladas, crea un tipo. Aquel sabio de profesion y Don Quijote de la ortografía Don Ferrante es delo más cómico que darse puede, y tal nos le figuramos, que le juzgamos capaz de corregir una epístola que su esposa hubiera podido dirigir á un amante, seguro de que peor efecto le hubiera hecho la falta de ortografía que hubiera encontrado en el escrito que la de la fe jurada.

Elogiar cuanto en el libro lo merece, nos llevaria á escribir otro libro, y como adivinamos la impaciencia del lector, que deseara juzgar por sí mismo, vamos á terminar nuestra tarea.

Un libro de la importancia de « *Los Novios* » tiene que encerrar una profunda enseñanza. ¿ Cuál es esta ?

El autor nos lo dice por boca de los protagonistas. Contando Lorenzo el resultado práctico que ha obtenido de sus desgracias, dice: « *He aprendido á no meterme en embrollos, á no ser orador de plazuela, á no beber más de lo necesario, á no estar agarrado á la aldaba de una puerta y otras mil cosas....* »

Á lo cual contesta Lucía, encarnacion sublime de la sencillez, el despejo natural y el sentido comun. « *Yo no fuí á buscar los trabajos sino que ellos vinieron á buscarme á mí...* »

¿ Qué debemos deducir de ambas conclusiones contradictorias ?



Lo que tan profundamente deduce el autor diciendo « que los trabajos muchas veces vienen porque uno » se los busca; pero que sin embargo no basta la conducta más arreglada é inocente para evitarlos; y que » de *todos modos* vengan por culpa propia ó sin ella, la » confianza en Dios y la resignacion los mitiga y hace » que sean útiles para mejorar la vida. »

Hé aquí la síntesis del pensamiento de Manzoni al escribir « *I promessi sposi* ». y ; Dichosa la nacion que premia en vida y honra despues de su muerte á sus hijos esclarecidos!

Arráncanos esta dolorosa reflexion la lectura de un periódico que llega á nuestras manos en el que leemos el siguiente TELÉGRAMA :

MILAN, 23 DE MAYO.

« *El Príncipe Tomás Duque de Génova y la Princesa* » *Isabel de Babiera, su nueva esposa, llegaron ayer tarde* » *para representar al Rey Humberto y la Reina Margari* » *ta en la ceremonia de la inauguracion de la estatua* » *de MANZONI. Ayer mañana se procedió á la traslacion* » *de las cenizas del autor de « I promessi sposi » desde la* » *tumba provisional á la tumba definitiva. La ceremonia* » *tuvo lugar á las tres de la tarde. La estatua, de bronce,* » *es obra del escultor BARGOGLI y de un parecido sor-* » *prendente. El poeta está de pié en actitud medita-* » *bunda. Por la noche, en el teatro de La Scala, ciento* » *treinta profesores, y trescientos coristas ejecutaron la* » *misa de Requiem de VERDI, escrita hace diez años á* » *la muerte de MANZONI, y despues una cantata letra de* » *GHISLANZONI y música de PONCHIELLI. Ambas produc-* » *ciones han obtenido éxito extraordinario. »*

Diez años despues de su muerte acaecida á una edad avanzada, la patria reconocida elevaba en Milan una estatua á Manzoni cuyas cenizas habia cuidadosamente custodiado.

¡ El autor del Quijote italiano, ha sido más afortunado que nuestro inmortal Cervántes cuyos restos mortales no estamos seguros de poseer!

¡ Triste es en verdad, como dice ARIBAU en su vida del Príncipe de los Ingenios, haber de confesar que si nos presentaran un cráneo diciéndonos *aquí pensó Miguel de Cervántes Saavedra...* sería dudoso y desconfiado nuestro profundo acatamiento!

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA

FIN DEL PRÓLOGO.